

---

## Subjetividades de los abortos de antes y ahora en la ciudad Sin Río

Mesa 39: Acceso al aborto seguro: prácticas de acompañamiento, autonomía y autogestión

Verónica Bessone, Lorena Caudana, Carla Ghisolfi, Daiana Lopez, Paola Methyaz, Emilia Pioli, Alejandra Rocca y Florencia Visconti. todas integrantes de Socorro Rosa San Francisco- “Las Rivas”

### Resumen

Nuestro relato busca comprender las experiencias de acompañamientos de abortos feministas con socorristas para dar nuevos sentidos y resignificar estos procesos en una ciudad donde no se hablaba de aborto: “la ciudad sin río”.

Buscamos, a través de entrevistas, relatos en primera persona de experiencias de abortos anteriores al socorrismo para poder saber qué cambió con la llegada de los acompañamientos feministas que realizamos las socorristas de San Francisco desde 2016. ¿Qué redes tejían las personas al momento de tomar la decisión de abortar? ¿Cómo es ese entramado hoy?

### 1. Introducción

Venimos de la Pampa Gringa, del este cordobés donde la llanura se hace sentir en todos los aspectos de nuestras vidas hace más de un siglo. De la ciudad sin río, sin montañas; de la ciudad de la costanera seca.

Estamos rodeadas de campo, soja y glifosato, una zona donde el tamaño de las Toyotas es inversamente proporcional a la humanidad de sus dueños. Tierra de trabajadores rurales en negro, con familias extensas y numerosas, tierra en donde las personas se proclaman abiertamente católicas - los comehostias, los chupacirios - pero con gran proliferación de iglesias cristianas y evangelistas. El obispo de la ciudad viene escapando de Mendoza, donde encubrió a curas pedófilos. Él mismo encabeza y promueve la expansión antiderechos local y expresa abiertamente en medios de comunicación que sólo el 4% de los curas son abusadores, como si ese número chiquito los volviera menos despreciables.

Tierras en donde todavía se dice “ma bah” replicando el piamontés de nuestrxsabuelxs y bisabuelxs. Tierra en donde las mujeres criaban niñxs, limpiaban y cocinaban para toda la familia, que incluía a la suegra, lxsstíxssolterxs, sus hijxs (cuatro o cinco por familia) seguramente muchxsengendradxs en relaciones no consentidas y, por supuesto, atendían al hombre de la casa. Pasados los años y aunque nuestras tías y madres hayan podido salir de “las casas” para estudiar o trabajar, se siguió replicando el modelo. Siguieron criando hijxs, (tal vez dos o tres), limpiando y cocinando para toda la familia que seguía incluyendo a la suegra (ahora en su propia casa quizás) y sobre todo, siempre, al hombre. Familias enteras que dependían de una mujer, a la que le seguía “haciendo” hijxs, aunque la mayoría de nosotras hayamos escuchado de nuestras abuelas y quizá de nuestras madres que nunca hubiesen querido tener tantos. Que les hubiese gustado vivir un poco más su vida.

La vida de estas familias aconteció detrás de las ventanas, a través de los visillos y los más osados desde las veredas en sus reposeras, pero siempre observándolo todo, que si Fulanita tenía novio, que si Menganita estaba “gruesa”, si la vereda estaba bien barrida, si el vecino compraba o cambiaba el auto... “no me saludaron tanto cuando nació mi primer nieto, como cuando me compré mi primer auto” dijo la Yolanda.

Vivimos en una ciudad donde abundan lxs profesionales contadorxs, médicxs, abogadx - todxs hijos de la docta- todxs con sus títulos de bronce gracias a la meritocracia bien ganada por el esfuerzo de sus padres. Todxsantidrechxs, por si cabe aclarar. Estxs profesionales forman una especie de clan en el que socializan, hacen sus negocios, se emparejan y forman sus familias, mientras toman café en la zona bancaria de San Francisco.

### **1.1. Las Rivas**

Los tiempos corren y San Francisco en su contemporaneidad continúa siendo un escenario vivo de desigualdades, lazos sociales demasiado lábiles, desconfianzas, complicidades patriarcales y silencios ensordecedores. A las ventanas se las reemplazó por redes sociales, culo en la silla, celular en la mano viendo la vida propia y de lxsotrxs pasar, pasar, pasar, y por supuesto sin dejar de comentar. ¿Cómo es posible, entonces, que en tan particular puesta en escena aparezcan las socorristas, activistas feministas que informan sobre aborto seguro y acompañan las decisiones de interrumpir embarazos? ¿Qué de este contexto y de las historias personales permitió pensar, desear y armar tejidos de luchas colectivas, hasta el momento nunca antes vividas en la ciudad?

---

La pregunta concreta tal vez ha de ser de dónde salimos las socorristas. Sabemos que hubo una fecha, una intervención, una interpelación a la sociedad sanfrancisqueña; un 28 de mayo de 2017, un Día de Acción por la Salud de las Mujeres, toallitas colgadas en la plaza principal, rojas, desafiantes, contando historias de abortos. Sabemos que algún medio robó esas fotos, las publicó sin permiso e invitó a que lxsusuarixs de las redes nos despedacen con comentarios de odio. Pero las socorristas no existimos a causa de esos modos, que continúan reproduciendo violencias hacia las mujeres y disidencias; las socorristas en San Francisco somos posibles porque hay motivos y vivencias individuales que tienen una tendencia a la construcción colectiva.

Somos posibles en la ciudad *sin río* porque activamos en otros espacios, con otrxs, porque prestamos escucha y atención activa a lo que sucede alrededor, porque nos dejamos conmover e interpelar, y así, en ese entramado de existencias conocemos a profesionales de la salud que después de la muerte de una jovencita por aborto inseguro desean instalar algo de información y acceso a derechos sexuales y (no) reproductivos, conocemos a la amiga de una amiga que nos cuenta que abortó hace apenas unos meses y cuán difícil fue conseguir la medicación y estar sola en ese momento, recordamos el propio aborto de hace unos cuantos años atrás y cómo se sintió abortar en la clandestinidad, sabemos de médicxs que cobran dinerales por una receta o bien garantizan legrados, práctica obsoleta, en el desamparo de su consultorio.

Esos otros espacios compartidos, espacios culturales, organizaciones políticas y de derechos humanos, los diversos tránsitos colectivos, junto a los feminismos emergentes en la ciudad, el #NiUnaMenos y Mujeres Unidas, nos permitieron adentrarnos en un reclamo histórico que hasta el año 2016 apenas había sido nombrado en la ciudad: el reclamo por el aborto legal, seguro y gratuito. Ningún movimiento fue casual o azaroso, decidimos encontrarnos con otras compañeras a hablar de aborto seguro, hicimos de nuestras vidas una apuesta política, feminista y abortera, que nos enlazaría con las pedagogías de la ternura y las políticas de los cuidados con quienes abortan y con quienes decidimos acompañar esos abortos. Lo que intentamos decir es que el socorrismo no es ajeno a las posibilidades que vislumbramos como tales.

Entonces un 8 de marzo nos pusimos las pelucas magentas, megáfono en mano, pañuelo verde al cuello y desafiamos la calma del boulevard 25 de Mayo. Irrumpimos y rompimos con la comodidad en la ciudad donde no se hablaba de aborto. Convocamos a talleres presenciales en espacios públicos sobre uso seguro del Misoprostol, plazas, terminales de

colectivos, la costanera seca, el Paseo de la Memoria; llevamos nuestras bolsas de tela con inscripciones aborteras al kiosco, la librería y el supermercado; viajamos a escuelas de pueblos vecinos a continuar hablando de abortos, porque lxs adolescentes reclaman saberes y derechos; empapelamos la ciudad con nuestro número de línea telefónica; desplegamos pañuelazos en el centro de la ciudad; transmitimos en vivo el debate y la votación de la Ley IVE en el Congreso de la Nación.

Las, les y los Socorristas construimos un feminismo sororo que es acuerpado y arriesgado, también. Tenemos una responsabilidad social y hacemos política una práctica cotidiana. El aborto nuestro de cada día, o los abortos nuestros de cada día, rompen con el modelo médico hegemónico y el estigma, la soledad, el sentimiento de culpa y la desinformación, que son modos propios de las pedagogías cisheteropatriarcales. Nuestros cuidados son amorosos, responsables y comprometidos; supimos construirlos en base a acuerdos y aprendizajes colectivos, para abortar en forma libre y segura. Ponemos el cuerpo como resistencia a la avanzada antiderechos, en las calles, en las plazas, en las mesas familiares de domingo, en los bares y en los medios de comunicación locales. Sacamos al aborto del silencio al que condena la clandestinidad, y nombramos, contamos, decimos *aborto* en todos lados, también en San Francisco.

## **1.2. Abortos antes y ahora**

*“Antes no se podía hablar. Acá, ahora, se puede... Antes no.” Ana, 56 años.*

No se hablaba, pero se abortaba. En ese silencio elegido, que aún hoy sigue invadiendo algunos sectores de la sociedad sanfrancisqueña, algo cambió. ¿Quiénes abortaban? ¿Quiénes abortan? ¿Cómo eran esos abortos? ¿Cómo son ahora? ¿Qué hubo y hay detrás de esas decisiones? ¿Quiénes acompañaban y acompañan esos abortos? Los abortos no aparecieron con los talleres socorristas, claramente. Aún así, algo, en las estructuras sociales y subjetivas, esas de la propia historia, se transforma cuando comenzamos a poner en palabras a los abortos, de acá de la ciudad, de nuestra familia, de nuestra amiga, el propio. *Algo se transforma* cuando hay una búsqueda por poner en palabras, por decir “yo aborté”, o “quiero abortar”. Esa es la puerta abierta que ofrece el acompañamiento a abortar que practican Las Rivas en la ciudad del este cordobés.

Empezamos a pensar y una afirmación nos da vueltas en la cabeza: “todas abortamos”. Los modos, las diferentes formas en que esos abortos se realizaron hablan de un antes y un ahora, de una historicidad construida y basada en decisiones. El escenario legalizador y

despenalizante que fuimos construyendo nos permite conversar sobre una realidad que nos atraviesa. Nos animamos a contar-nos que las personas con capacidad de gestar siempre abortaron y abortamos: nuestras madres, abuelas, tías, amigas nos cuentan que los abortos existieron y existen en sus casas, en el baño de la escuela, en el ex que nunca quería usar preservativo y en el que sabíamos que no queríamos que sea el padre de nuestroshijxs, como cuenta Ana, una de las mujeres que entrevistamos para continuar pensando este ensayo.

Ana tiene 56 años y abortó cuando tenía entre 19 y 20 años y vivía en Brasil, recuerda. “Fue tomar una decisión muy difícil y aparte tenía que viajar sola, fue difícil” dice Ana, con la voz quebrada, porque es probable que un nudo insoportable se haya rendido tras poner en palabras ese evento. “Mi hija me dice que habérmelo bancado todo sola habla de cierto orgullo”, añade al final. El aborto de Ana se vivió desde el desamparo. Desamparo entendido como la total falta de información y sostén afectivo, esos gestos tan necesarios cuando estamos tomando una decisión que es vital. A Ana no le brindaron escucha atenta, ni información ni un aliento que le reafirme “es tu decisión y está bien”, sólo podía confiar en un farmacéutico acosador que además de generar ganancia con el desamparo de Ana, abusaba de su posición de poder, de varón. Ana estaba sola, tenía miedo, era joven y había tomado una decisión difícil. En ese acto Ana y todas las que decidimos no continuar con un embarazo, y buscar la manera de acceder a un aborto, como sea, con pastillas, raspaje, una sonda o en el patio de una curandera que tiene una aguja en la mano, en ese acto comienzan a moverse los cimientos del patriarcado y los privilegios que ordena. Algo de las violencias machistas comienza a temblar cuando decidimos abortar y buscar ese aborto.

Rompemos con el poder médico hegemónico que estigmatiza nuestra salud sexual y (no) reproductiva, que no nos cuida, que nos expulsa porque tiene miedo de nuestros cuerpos deseantes, porque no soporta que seamos dueñas de nuestras decisiones y proyectos de vida. Rompemos con las violencias a las que nos conduce el miedo, la desinformación, la soledad. Ahí, en la decisión tomada de abortar y en la de acompañar a quienes abortan, sucede una apuesta política, sucede un encuentro que pretende tejer redes y cuidados en los abortos.

Una de las canciones que más nos gusta cantar en las calles dice que “llegamos las Socorristas y todo empieza a temblar”. Entre risas y complicidades sabemos que así viene siendo. Empiezan a temblar las voces, seguras y ahora audibles, que dicen “no quiero ser madre”. Empiezan a temblar las manos de quien va a responder a la llamada de una

persona que quiere abortar, y tiembla también el macho que obliga a su pareja a ser madre, la médica que juzga durante la ecografía y el bolsillo del farmacéutico que vende dos pastillas de Misoprostol por mil pesos.

Hablar de abortos en voz bien alta fue un tránsito, una búsqueda colectiva y a la vez personal, de todas las personas que abortan y de quienes acompañamos abortos. Buscamos las palabras, los momentos precisos, las miradas cariñosas como respuesta callada, las paciencias para escuchar. En ese tránsito, comprendemos que cada aborto se presenta como un hecho urgente y vital, y que acompañarlos requiere de una entrega amorosa, porque las vidas de las mujeres que abortan en San Francisco ya fueron lo suficientemente precarizadas, desamparadas, obligadas a la culpa y el silencio. “Fue re violento. El tipo me pedía que me calle, que mis viejos lo iban a denunciar”, relata una joven estudiante de Bellas Artes, Sofía, que abortó con un médico amigo de la familia en el 2015. “Me puso anestesia local, pero yo sentí todo. (...) Ellos – su madre y padre- no supieron que fue doloroso, no les conté” dice y mira un punto fijo, como si pudiera ver esa imagen mental muy de cerca. “Se habla de <las de los pañuelos verdes> como si yo no usara pañuelo verde, como si yo no hubiera abortado, como si nada” dice de las conversaciones en la mesa familiar.

En su narrativa, Sofía detalla que el aborto fue “totalmente inseguro y fue todo en un ambiente de hombres, todo entre hombres” y continúa diciendo que con las mujeres de su familia, a pesar de su madre, nunca pudo hablar del tema. Ni con su hermana menor, su abuela o su tía, incluso decidió contarle a algunas pocas amigas, porque el peso de la mirada ajena, que juzga y moraliza un proyecto de vida que se corre de lo esperado, en esta ciudad, puede ser insoportable.

“Quedé embarazada de quien hoy es mi marido pero en ese momento estábamos casi separados. Le conté que estaba embarazada pero que no lo quería tener, no así... él se iba a quedar conmigo por el bebé y yo no quería eso. Me dijo que hiciera lo que sintiera y me ayudó con unos contactos. Mi cuñada había abortado en Córdoba con un doctor conocido de su novio que trabajaba en el ámbito de los hospitales. Iba a hacerlo allá con ese médico. En esos días fui a un control con mi ginecóloga y como le tenía mucha confianza le conté lo que iba a hacer. Ella me dijo: -“Antes de que te metas en cualquier lado, que te puede pasar cualquier cosa te lo hago yo”. Y así lo hice, con ella, en el mismo consultorio en el que luego me controlé los 3 embarazos de mis hijos. No recuerdo dolor, no recuerdo bien el método que usó; sólo me acuerdo de la angustia que yo sentía porque estaba sacándole la vida a

eso, me sentía una asesina.” Nos cuenta Silvia que en el año 1977 pudo acceder a un aborto seguro con su ginecóloga pero no logró sacarse nunca el estigma autoproclamado por lo que se decía de quienes abortaban.

El proceso de abortar deja marcada, cual letra escarlata, la culpa propia o la provocada por no cumplir expectativas; por haber tomado una decisión de salud tanto en 2015 como en 1977 por igual. Esa es la radiografía viva del estancamiento moral con el que se sucedían y aún suceden los días en San Francisco.

En un ambiente de doble moral juzgadora es muy difícil que se socialice el conocimiento acerca de los procesos de abortos y tomar la decisión en un contexto inquisidor, de miedo, es casi imposible. “Mucha desinformación, mucha cuestión que desconocía. Por ejemplo con mi hijasí me lo había planteado cuando me enteré que estaba embarazada. Sabía que había una pastilla para abortar pero sabía que muchos casos terminaban mal.” Mientras relata su aborto en 2015, Luna recuerda que en 2012 no tuvo la información para poder decidir con libertad si terminaba con ese embarazo o no. “Siempre pienso que, si hubiese tenido la información que tengo ahora gracias al Socorro capaz no continuaba”. Ante el miedo, la presión social y la desinformación no pudo abortar y nació su hija que hoy tiene 8 años.

La llegada de las Socorristas a este territorio pretende, con su andar cotidiano e insistente, desprender el aborto de los estigmas culturalmente instalados y que se empiece a ver como un evento obstétrico más en la vida de aquellxs que lo transitan. Que ese transitar sea sin culpa, con el conocimiento al servicio de las autonomías, haciendo uso y abuso de la soberanía que tienen sobre sus cuerpos, sobre sus vidas las personas. Pretende también que nadie, nunca más, transite esa experiencia solx.

### **1.3. Abortar y acompañar abortos**

*“El aborto continúa siendo una realidad social que permanece por fuera de los decible (...)” Marta Dillon, en el Prólogo de “El aborto con medicamentos en el segundo trimestre de embarazo. Una investigación socorrista feminista” (2018)*

Le ponemos el cuerpo a esos abortos: a las Lucías adolescentes que no nos contestan los llamados, que nos tienen en un sueño latente, que nos hacen fruncir el culo hasta que vuelven a comunicarse. A las que desearon gestar y por tantos motivos después cambiaron de parecer, y nos agradecen y brindan por nosotras y por el aborto legal en las fiestas de fin de año, a la compañera de otro país, que vino por trabajo y sin pensarlo se tuvo que volver, porque la patrona se lo dijo, pero “volver sola no con un hijo a costas” y nos dejó pensando

en los abusos y temblando porque no pudimos cerrar esa historia, y por los abortos propios, que tal vez decidieron que hoy seamos socorristas, por los que nunca garantizaron en el sistema de salud y nos procuramos nosotras mismas recorriendo farmacias y rogando una receta y también por los que pudimos vivir en la tranquilidad y el alivio de estar junto a las amigas y en la casa.

Entonces, nos preguntamos: ¿cómo se materializan los abortos nuestros de cada día? Sin dudas que en la complicidad de Julia, a quien acompañamos en su aborto, que trabaja en una reconocida farmacia y quien por lo bajo abre una pregunta y la cierra pasando nuestro número de línea pública; en Carolina y su pasamontañas, que nos esperaba en la esquina de su casa ocultándose para que no la veamos por el miedo al qué dirán, que es la misma Carolina que hoy, tiempo después, nos espera atenta para saludarnos mientras estamos en una fila; cuando el sistema médico que te expulsa y niega tus derechos es el mismo que te avisa con un mensaje que pasó el número de las Socorristas, porque aunque ellxs afirman no estar de acuerdo, entendieron que cuando la decisión está tomada no hay vuelta atrás y ahora prefieren que quienes abortan lo hagan acompañadxs y con información segura; cuando en el año de la marea verde nos llaman para participar en charlas-debates en escuelas secundarias de la zona; cuando decidimos que queríamos presentar nuestros datos de sistematización y lo hicimos, en una universidad desclasada y que anteriormente nos había cerrado las puertas.

“Para abortar nos tenemos entre nosotrxs” decimos orgullosxs de haber acompañado a más de 600 personas con capacidad de gestar y abortar desde la ciudad sin río en los cuatro años y medio de activismo socorrista. Sabemos ver las ansiedades con las que llegan a nuestros encuentros y con la tranquilidad con la que se alejan saludando con la mano. Esa tranquilidad no es producto de una magia negra, es la tranquilidad de tomar una decisión con información y sin ser juzgadx. “Mi mamá quería que yo aborte, yo me puse a disposición de mi mamá. Si hablas con ella te dará otra versión. En ese momento ella tomo las riendas. No recuerdo haberle dicho que quería tenerlo, ella llamo a la doctora, hizo sus consultas” nos cuenta Rosario que abortó en el año 1996 con 17 años, casi por inercia, siguiendo los pasos que le marcó su mamá; aunque ella no quería ese embarazo, ese aborto, no fue en pleno ejercicio de su autonomía. “Por medio de una médica logró un contacto, fuimos a Córdoba y fue en el día. Me pusieron anestesia y me dormí. Después me desperté, no podría recordar si fue una hora o dos o menos pero a la tarde temprano ya estaba en la terminal”. 23 años después Rosario abortó acompañada por socorristas en San Francisco, con toda la información necesaria y pudo abortar totalmente consciente de su decisión.



---

Las Socorristas existimos en San Francisco, a pesar de San Francisco.

Acompañamos abortos. Acompañamos decisiones. Acompañamos proyectos de vida materializados en esos abortos.

Desde San Francisco, la ciudad con costanera pero sin río, las socorristas desplegamos nuestra ingeniería al servicio de acompañamientos cuidados y amorosos. Demostramos nuestra cercanía, acortamos distancias... distancias agotadoras, obstaculizadoras.

Y como dice nuestra compañera Ruth Zurbriggen en el Archivo Rosa: “La buena noticia es tenernos. Sentir que nos tenemos. Palpar diariamente los acuerpamientos.”

### **3. Agradecimientos**

La presente producción escrita es la materialización de un deseo de las activistas que somos parte de Socorro Rosa San Francisco – Las Rivas, es el resultado de un andar colectivo, elegido, político y afectado, profundamente afectado. Porque estamos a(r) mando otros mundos posibles en relación al aborto, también en la ciudad sin río; porque en esa decisión política de acompañar abortos, también elegimos la vida que queremos, que soñamos y nos merecemos, como así eligen quienes abortan.

Gracias a las mujeres que fueron entrevistadas y compartieron sus historias de abortos.

Gracias a las y lxscompañerxs de Socorristas Córdoba Hilando por invitarnos a participar del I Simposio de Arte, Política y Feminismo, por animarnos a elegir esta vida y hablar de ello.

Gracias a Raquel Drovetta y Gabi Morales que fueron guías en la materialización de esta producción.

Gracias a quienes acompañamos por permitirnos pensar en los abortos, así en plural.

Gracias a Socorristas en Red – feministas que abortamos por las pedagogías de la ternura y la paciencia, por el deseo de cambiarlo todo, por la potencia feminista.

Gracias a todxs lxs que nos acompañan a quienes acompañamos abortos en la ciudad sin río

# AGRIETAR EL NEOLIBERALISMO EN NUESTRA AMÉRICA



Del 31 de mayo al 4 de junio de 2021



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO



**FCPys**  
FACULTAD DE CIENCIAS  
POLÍTICAS Y SOCIALES

Dirección de Carrera  
de Sociología

---

#### 4. Referencias bibliográficas

Zurbriggen, Vacarezza, Alonso, Grosso & Trpin (2018). *El aborto con medicamentos en el segundo trimestre de embarazo. Una investigación socorrista feminista*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: La Parte Maldita

Zurbriggen, R. (2019). *Archivo Rosa. La buena noticia*. (2019) Recuperado de:  
<https://archivorosa.socorristasenred.org/la-buena-noticia>